

no son menos sospechosos en lo segundo. Entre estos testigos muchos fueron discípulos inmediatos de los apóstoles; y si por ignorancia u otro cualquier motivo fueron capaces de variar la doctrina que se les había confiado contra la prohibición expresa de los mismos apóstoles de no añadirle ni quitarle, no vemos por qué motivo no puede recaer la misma sospecha sobre los apóstoles. No nos sorprendemos de que los incrédulos hubiesen formado contra estos las mismas acusaciones que los protestantes intentaron contra los PP. de la Iglesia.

Sin embargo, estamos obligados á firmos de estos mismos testigos para saber cuáles son los libros auténticos de la sagrada Escritura, y para estar ciertos de que su texto no se varió ni fué interpolado. ¿Qué certeza pueden darnos unos testigos de cuya inteligencia, crítica y buena fe se principió á sospechar? También son ellos los que aseguran los milagros con que se estableció el cristianismo en los primeros siglos. ¿Sobre qué fundamentos creemos mas bien á los antiguos que á los modernos, desde que se ha querido refutar todos los milagros hechos en la Iglesia romana, atribuyéndolos á prevención y superchería, recusando todos los testigos? Si los PP. pudieron engañarnos en los hechos acaecidos en su tiempo, ¿van descaminados los deístas cuando forman la misma sospecha, ó mas bien la misma calumnia contra los que testifican los milagros de Jesucristo?

Si no se admite la tradición en materia de dogmas, por fuerza tiene que caducar en materia de hechos. Saber si un dogma está revelado ó no es un hecho; si este no puede ser probado con testimonios ciertos, ningún hecho puede serlo. A la verdad, ¿es otra cosa la sagrada Escritura que un testimonio puesto por escrito? V. DOCTRINA CRISTIANA.

Para atacar con fruto la doctrina de la Iglesia en orden á las indulgencias, fué preciso negar la necesidad de las satisfacciones y buenas obras, los efectos de la absolución sacramental, la eficacia de los demás sacramentos, el principio de la justificación, el modo con que se nos aplican los méritos de Jesucristo, etc. Al momento atacaron los socinianos el mérito y la satisfacción del mismo Jesucristo, la esencia de la redención, y reducida ésta á la pura nada, hizo dudar de la divinidad del Redentor; de este modo se encadenan los errores.

Así que, no debe causarnos extrañeza que los principios de los protestantes hayan hecho brotar el socinianismo, y que éste, en fuerza de quitar dogmas, degenerase en deísmo. En el día los argumentos de los deístas,

contra la revelación ó contra la providencia de Dios en el orden sobrenatural, se convierten por los ateos contra esta misma providencia en el orden natural, y por consiguiente contra la existencia de Dios: cadena de extravíos, cuyo último eslabón es el pirronismo. V. CARVINISMO, DEÍSMO, IGLESIA.

Lutero y Calvino vieron antes de su muerte los progresos de sus errores entre los anabaptistas y socinianos: no sabemos si se estreñecieron por las consecuencias. Ellos abrieron la puerta á la incredulidad que reina en nuestros días, y su obra comenzada se acabó de completar por la corrupción de costumbres.

Cuando objetamos á los protestantes los excesos á que llegaron muchos de sus teólogos, los conocen aunque á su pesar; pero contestan que los extravíos de un fanático ó de un hombre que discurre mal no prueban nada. Nosotros los respondemos: «Una vez que tenéis tanto cuidado en hacer resaltar el menor desliz de los teólogos católicos, y en sacar consecuencias en favor de vuestro partido, no debéis llevar á mal que nosotros usemos de represalias: si este modo de discurrir no vale nada, vosotros nos disteis el primer ejemplo.»

Es verdad que hay errores involuntarios é inocentes, que no nacen de ninguna pasión desarreglada, sino de falta de conocimientos ó ilustración, y que no se pueden imputar á culpa; pero no se sigue que todos los errores sean de esta especie, y que es indiferente profesar el error ó la verdad para conseguir la vida eterna. Si Dios hubiese pensado en salvar á los hombres por la ignorancia, nada nos había revelado: no hubiera enviado á su Hijo á la tierra para que fuese la luz del mundo, ni este divino Maestro hubiese mandado á sus discípulos que enseñasen á todas las naciones. Por lo mismo dicurre muy mal un incrédulo cuando sostiene que si él se engaña es con buena fe; que hasta un ateo es excusable de no creer en Dios, porque involuntariamente puede equivocarse. Un error que proviene de descuido en instruirse, de indiferencia, de orgullo, de terquedad ó de cualquiera otra pasión, en el mismo hecho de haber nacido de esta ya no es disculpable. Es un mal pretexto decir que no conocemos el interior de los hombres, ni los motivos de su conducta; que este conocimiento se reserva solo para Dios: si esta razón fuera sólida, nunca sería lícito reprender ni castigar ningún crimen, porque no conocemos los motivos por qué se cometió, y el grado de ignorancia que puede hacerle excusable.

Sin embargo, los críticos protestantes no

cesan de clamar contra los santos PP., porque atribuyeron los errores de los herejes á un espíritu inquieto, á un carácter ligero, al amor de la novedad y al deseo de ser jefes de partido, y reprenden á los teólogos católicos de ser imitadores serviles de los antiguos. ¿No se mudaría nunca, dicen aquellos, el hábito maligno y temerario de buscar siempre el origen de los errores en el desarreglo del corazón? Se puede encontrar de una manera mas natural é inocente en la debilidad del entendimiento humano, y en la oscuridad en que quiso Dios dejar algunas verdades.

He aquí un rasgo de caridad verdaderamente ejemplar; ¿pero está arreglado á la prudencia? Veremos que no: 1º No tiende menos que á contradecir el Evangelio. Jesucristo declara que el que no lo creyere será condenado: S. Pablo fulmina anatema contra todo aquel que enseñase un Evangelio distinto del que él predicaba. *Galat.*, 1, 8. Pone en el número de las obras de la carne las disputas, las disensiones y las sectas, v. 19. Atribuye los errores de los sectarios á la hipocresía y al cauterio de su conciencia, *I Timot.*, iv, 2; al orgullo y á la ignorancia, vi, 4; á los lazos del demonio tendidos á la voluntad de los que le obedecen, *II Timot.*, ii, 26; á la corrupción del ánimo y á la terquedad, iii, 8; á la prevención á favor de ciertos maestros, y al amor de la novedad, iv, 3; al vil interés, *Tit.*, i, 11. Declara que un hereje se condena por su propio juicio, iii, 10. S. Pedro y S. Juan no juzgan mas favorablemente en este punto. Y ¿yerran los PP. de la Iglesia en seguir las lecciones y ejemplos de los apóstoles?

2º ¿Por qué los protestantes, siempre caritativos con los incrédulos, son tan propensos á condenar á los PP. de la Iglesia, á exagerar los menores defectos que encuentran en sus escritos, y atribuirles motivos odiosos cuando pudieran tenerlos muy loables? ¿Merecen acaso estos PP. menos indulgencia y consideración que los herejes de todos los siglos? Nada decimos de las sangrientas invectivas que lanzan contra los doctores y pastores de la Iglesia. Antes de censurar con tanta acrimonia un defecto, verdadero ó falso, es necesario empezar por no hacerse culpable de él. V. HEREJE.

Puede suceder que el error de un hombre educado en una falsa religión sea moralmente invencible; que un mahometano, por ejemplo, poco capaz de discurrir, crea firmemente que el Alcorán fué inspirado; pero de aquí nada se infiere. Demasiado sabemos por nuestra experiencia que el error se nos puede presentar con todos los colores de la verdad.

Sería una injusticia el pensar que todos los filósofos que escribieron á favor del paganismo no creían en él, y que en su lugar habríamos percibido nosotros mejor el absurdo del politeísmo ó idolatría. No se sigue de aquí que es indiferente para la salvación el adorar muchos dioses ó reconocer uno solo, el ser deista ó ateo. Solo Dios puede juzgar hasta qué punto pueden ser inocentes ó criminales los errores.

ESCA. V. JACOB.

Escándalo. Esta palabra, igual en griego y en latín, significó en su origen un obstáculo que se opone á nuestro paso, y por encima del cual tenemos que pasar; todo lo que puede hacernos tropezar y caer. Por analogía se aplicó á una red ó lazo tendido á un animal ó á un hombre, y en sentido figurado todo lo que puede ser ocasión de error ó de pecado. Se toma en estos diversos sentidos entre los escritores sagrados. *Levit.*, xii, 14, prohibe Moisés poner un escándalo delante de un ciego, es decir, un obstáculo en que pueda tropezar. *Mat.*, xvi, 23, dijo Jesucristo á S. Pedro: Tú me sirves de escándalo, esto es, te opones á mis deseos y á mis pensamientos. El mismo Jesucristo fué para los judíos una piedra de tropiezo ó de escándalo contra la cual se estrellaron por su culpa, por haber tomado al través los caracteres que designaban el Mesías. Así una cosa inocente en sí misma puede llegar á ser un escándalo u ocasión de pecar á los que por malicia abusan de ella ó sacan falsas consecuencias. Cuando Jesucristo prometió dar su carne á comer y su sangre á beber, se ofendieron de ello los judíos, y preguntó á sus discípulos: ¿Os escandalizais por esto? es decir: ¿tomais mis palabras en un sentido tan grosero y tan falso como los judíos?

En materia de doctrina, una proposición escandalosa es la que induce á error por las consecuencias que de ella se siguen. El monte del escándalo, *II Reg.*, xxii, 13, era el monte de las Olivas, en que Salomón, por complacer á sus concubinas, levantó altares á los dioses falsos, lo cual era para sus súbditos una ocasión de idolatría.

Consiguientemente á esta doctrina, los teólogos definen el escándalo, una palabra, una acción ó una omisión capaz de mover á pecado á los que la ven, la oyen ó llegan á saberlo. Llaman escándalo activo ó dado la acción del que escandaliza, y escándalo pasivo ó recibido el mal efecto que experimentan los que por ella son excitados á culpa.

Cuando alguno por malicia saca falsas inducciones de una conducta inocente ó loable en sí misma, esto se llama escándalo forisico,

por alusión á lo que hacían los fariseos con Jesucristo, que se *escandalizaban* de sus milagros; no habla Jesucristo de *escándalo* cuando en el xxvii, 27 de S. Mat., dice: *¡Ay de aquel por quien viniere el escándalo!* porque entonces el que le da es inocente y hace lo que debe. Si por ignorancia ó debilidad saca alguna falsa consecuencia de una conducta nada vituperable, san Pablo quiere que se evite este *escándalo* en cuanto sea posible: *Si por comer carne escandalizo á mi hermano, no volveré á comerla en mi vida. I Corint., viii. 13.* La vispera de su pasión dijo Jesucristo á sus discípulos: *¡Vosotros os escandalizaréis de mí en esta noche; Marc., xiv. 27:* es decir, viéndome padecer, propendéis á presumir que yo os engaño, y que no soy el Hijo de Dios; pero este *escándalo*, prevenido de este modo, no debía impedir á nuestro divino Salvador el cumplir la voluntad de su Padre.

La circunstancia del *escándalo* que se da con una mala acción aumenta sin duda la gravedad del pecado; por consiguiente esta circunstancia debe explicarse en la confesión; y si una persona que está obligada por su rango y dignidad ó por la santidad de su estado á dar buen ejemplo, *escandaliza*, este *escándalo* será mas criminal por su parte. Cuando un hombre vicioso oculta cuanto puede sus desórdenes, si lo hace por evitar el *escándalo*, no se le debe acusar de hipocresía; es menos culpable que aquellos que, atropellando la decencia, desprecian toda censura pública bajo el pretexto de que no quieren ser hipócritas.

Escapulario. Parte del hábito de varias órdenes religiosas. Consiste en dos tiras de tela, de las cuales una pasa sobre el estómago y otra sobre las espaldas, de donde se origina su nombre; los religiosos profesos lo dejan bajar hasta el suelo, y los legos solamente hasta la rodilla. El abad Fleury indica el origen de este uso en sus *Costumbres de los cristianos*, n. 54. « S. Benito, dice, dió á sus religiosos un *escapulario*, para el trabajo. Era mucho mas ancho y grosero que el que usan ahora: servía, como indica su nombre, para abrigar las espaldas, aliviándolos para las cargas, y conservar la túnica. Tenía su capilla como la cogulla, y estos dos vestidos se ponían separados: el *escapulario* servía para el trabajo, y la cogulla para la iglesia y fuera del monasterio. Después consideraron los monjes el *escapulario* como la parte mas esencial de su hábito. Así no lo dejan nunca, y ponen la capilla ó el manto encima... »

ESCAPULARIO. Es tambien un signo de devoción á la Virgen Santísima que se introdujo

entre los fieles á mediados del siglo XIII por Simon Stock, carmelita inglés y general de su orden. Este signo entre los religiosos es llevar su *escapulario*: entre los legos es llevar dos pedacitos de tela ó paño en los cuales está bordado el nombre de la Virgen Santísima, y rezar su *Oficio Parvo* con algunas otras prácticas devotas. Simon Stock aseguró que la Virgen Santísima le había dado en una vision el *escapulario* como un signo de su especial protección para todos los que le llevasen guardando la virginidad, la continencia ó la castidad conyugal, cada uno segun su estado, y rezasen el *Oficio Parvo* de Nuestra Señora.

El doctor de Launoy compuso una obra en que mira esta vision como una impostura, y trata de supuestas las bulas de los papas que se citan en su favor: sostiene que los carmelitas no empezaron á llevar el *escapulario* hasta mucho despues de la época de esta pretendida vision. El papa Paulo V, despues de cortar algunos abusos que se introdujeron en esta devoción, la aprobó sin embargo, igualmente que Pio V, Clemente VIII y Clemente X: Benedicto XIV refutó la obra de Launoy en la suya de *Canonizatione Sanctorum*, t. 4, 2ª parte, c. 9, de *festis B. M. V.*, l. 2, c. 6. Mosheim, celoso protestante, muy prevenido contra el culto de Nuestra Señora, trató la vision de Simon Stock de fábula ridicula é impia, de fraude notorio y tontería supersticiosa. « Los carmelitas, dice, publicaron que la Virgen habia prometido á este religioso que todos los que muriesen con hábito del Cármen ó con *escapulario*, estarían á cubierto de la condenación eterna. » Manifiesta su extrañeza de que muchos papas, singularmente Benedicto XIV, hayan hecho la apología de esta superstición. *Hist. ecles. del siglo XIII*, 2ª parte, c. 2, § 29.

Para tener derecho de acusar á Simon Stock de fraude y de impostura, era preciso que pudieran probar que no tuvo revelación, ni vision, ni desvario, y que forjó maliciosamente esta historia para engañar á los fieles; y cómo se prueba esto? Este religioso austero, mortificado, devoto, muy ocupado en aumentar la piedad y devoción de la Virgen, pudo soñar que se le habia aparecido, porque no es el primero que tuvo de buena fe un sueño por una realidad. No publicó que se salvarían todos los que muriesen con el *escapulario*: si algun ignorante carmelita escribió despues este error, Stock no debe ser de ello responsable. Ninguno de los papas que aprobaron la devoción del *escapulario* afirmó la vision de este religioso, ni menos mandó creerla, ni si-

quiera dió especie alguna de aprobacion al error que Mosheim pone á cargo de los carmelitas. Una cosa es aprobar una devoción que parece útil y saludable, sin indagar su origen, y otra confirmar los hechos en que los primeros autores quisieron cimentarla. Benedicto XIV pudo refutar las pruebas y suposiciones en que fundaba Launoy sus racionios, sin juzgar verdadero el hecho que aquel doctor atacaba.

Toda la cuestion se reduce á saber, si la devoción de llevar *escapulario* es buena ó mala, piadosa ó abusiva y supersticiosa: nosotros sostenemos que es útil y saludable, porque mueve á los fieles á honrar á la Madre de Dios, á imitar sus virtudes, rezar sus oraciones, frecuentar los sacramentos, y fraternizar para hacer buenas obras. Luego los papas hicieron bien en aprobarla, principalmente en unas circunstancias en que se debia prevenir á los fieles contra los clamores de los herejes y asegurarlos de la piedad; pero es falso que por esta aprobacion sancionasen la vision verdadera ó falsa de Simon Stock, ni los errores que los carmelitas pudieran inventar sobre la eficacia del *escapulario*. Al contrario, Paulo V circuló de intento una bula para proscribir todas las concecuencias erróneas y todos los abusos que de esta devoción pudieran deducirse.

Esceopnegias. V. TALENTOS.

Escepticismo. En materia de religion, es la disposicion de un filósofo que pretende haber examinado las pruebas de la religion y sostiene que son insuficientes, ó que están balanceadas por objeciones de igual peso, y que tiene derecho á quedar en duda ó suspender su juicio, hasta que halle argumentos invencibles, que no admitan tergiversacion alguna. Es evidente que esta duda reflexiva es una irreligion expresa: un incrédulo se tiene por dispensado de dar á Dios culto alguno, y de llenar ninguno de los deberes de la religion. Nosotros sostenemos que no solamente es una impiedad, sino tambien un absurdo.

¿Lo es mirar la religion como un proceso entre Dios y el hombre, como un combate en que cada uno puede resistir todo lo posible: mirar la ley divina como un yugo contra el cual estamos seguros de poder defender nuestra libertad, porque esta pretendida libertad no es mas que el privilegio de seguir sin remordimientos el instinto de las pasiones. Todo aquel que no piensa que la religion es un beneficio de Dios la mira con ceno y la detesta: es bien seguro que nunca la tendrá por suficientemente probada, y que ten-

drá siempre mas inclinacion á las objeciones que la impugnan que á las pruebas que la sostienen.

¿No es menos contrario al buen sentido pedir que la religion tenga las mismas pruebas y de la misma especie que las que demuestran las verdades de geometría: la misma existencia de Dios, aunque demostrada, no se funda en este género de pruebas. Las demostraciones metafísicas de esta verdad, aunque muy sólidas, no pueden hacer impresion sino en los entendimientos ejercitados ó instruidos; pero no están al alcance de los ignorantes.

¿La verdad de la religion cristiana está fundada en hechos, y lo mismo debe suceder á toda religion revelada. Siendo la revelacion un hecho, debe probarse, como todos los demás hechos, por los testimonios, por la historia y por los monumentos: ni se puede, ni se debe probar de otra manera. ¿No está demostrado en su clase que existió César, que hubo un pueblo romano, y que la ciudad de Roma subsiste aun, con tanta seguridad como que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos ángulos rectos? Un hombre sensato no puede dudar de una de estas verdades mas que de la otra. ¿No hay mas: puede ser uno indiferente respecto á la última, no tomarse el trabajo de examinar y seguir la demostracion, porque no tiene el entendimiento acostumbrado á esta clase de especulaciones, y permitirá que le tengán á lo mas por un ignorante; pero si se le mostrase la misma indiferencia sobre la verdad de los hechos, si alguno se negase á confesarle que hubo un César y que subsiste Roma, le miraría sin duda como un insensato. Por lo mismo estos hechos están rigurosamente probados para todo hombre juicioso con el género de pruebas que les convienen, y no hay ignorante, por estúpido que sea, que no pueda percibirlos.

¿La prueba mas convincente de la religion para el comun de los hombres es la conciencia ó el sentimiento íntimo. No hay ninguno que no perciba la necesidad de una religion que le instruya, le reprima y le consuele. Sin haber examinado las demás religiones, conoce por experiencia que el cristianismo produce en él estos tres efectos tan esenciales á su felicidad: por lo mismo halla verdad en el fondo de su conciencia. (Trataré de buscar dudas, disputas y objeciones como los *escepticos*.) Si lo contradicen, las razones de los contrarios harán en él muy poca impresion, porque el sentimiento interior supera á todas las demostraciones.

¿Es juicioso disputar toda la vida sobre

un deber que nace con nosotros, que hace la felicidad de las almas virtuosas, y que decide de nuestra suerte futura? Si llegamos á morir sin haber acabado la disputa, ¿podremos felicitarnos de nuestra habilidad en encontrar objeciones? Es demasiado cierto que un sofisma es por lo regular mas seductor que un razonamiento sólido, y que es inútil tratar de persuadir á los que están decididamente resueltos á no dársejamás por convencidos.

6° Los *escépticos* dicen que buscaron pruebas, que las examinaron, y que si no les parecieron sólidas no es culpa suya. No los creemos: no indagaron ni pesaron sino las objeciones. Leyeron con ansia todo lo escrito contra la religión; pero acaso no leyeron ni una sola obra de las que se escribieron en su defensa; dieron una ojeada rápida sobre alguna de estas últimas, y solo fué para tener que tachar en ella, y para lisonjarse de haberlo leído todo. Cuando se trata de un hecho que favorezca la incredulidad, le creen al momento, y sin examinarlo le copian y le repletan con el tono mas afirmativo. En vano será retárselo repetidas veces, porque siempre volverán á él sin dejarle nunca de la mano. Se les ve insultar á los críticos que demostraron la falsedad de algunos, frecuentemente alegados por los incrédulos, y estos sinceros escritores se vieron precisados á escribir su apología, por haberse atrevido á descubrir la verdad y confundir la mentira: así es como nuestros *escépticos* tratan de instruirse y de manifestar buena fe; los mas incrédulos, respecto á pruebas, son los mas crédulos en orden á las objeciones.

Vosotros no creéis, nos dicen, sino por preocupación: permitámoslo por un momento. Nos parece que la preocupación á favor del cristianismo es menos reprehensible que la preocupación á favor de la incredulidad: la primera proviene de un amor sincero á la virtud, la segunda de una inclinación decidida al vicio. La religión fué la preocupación de todos los hombres grandes que vivieron desde el principio del mundo hasta nosotros; la incredulidad, que no es mas que un libertinaje del entendimiento, fué la extravagancia de un pequeño número de argumentadores muy inútiles, frecuentemente muy perniciosos, que no adquirieron nombre sino entre los pueblos corrompidos.

Dios, continúan los *escépticos*, no castiga la ignorancia, ni las dudas involuntarias. Es verdad, pero la disposición de los *escépticos* no es una ignorancia involuntaria ni una duda inocente, es reflexiva y deliberada, la buscan con todo el cuidado posible, y no fal-

taron ocasiones en que les costó caro el procurársela. Si en la carrera de la vida hay algun caso en que la prudencia nos dicta que tomemos el partido mas seguro, á pesar de nuestras dudas, es este ciertamente; y el partido de la religion es á las claras mas seguro.

David Hume, celoso partidario del *escépticismo* filosófico, después de haber apoyado cuantos sofismas pudo forjar para establecerle, se vió en la necesidad de confesar que ningun bien puede resultar de este sistema, y que es ridiculo querer destruir la razon por el razonamiento; que la naturaleza, mas fuerte que el orgullo filosófico, mantendrá siempre sus derechos contra todas especulaciones abstractas. Nosotros decimos resueltamente lo mismo de la religion, porque es parte de la naturaleza: que si nuestras costumbres públicas llegan á mejorarse, todos los incrédulos, y entre ellos los *escépticos*, serán despreciados y aborrecidos.

En las disputas entre los teólogos católicos y protestantes, se acusaron mutuamente de favorecer el *escépticismo* en materia de religion. Los católicos dijeron, que si se querian decidir todas las cuestiones sin otro recurso que la sagrada Escritura, los protestantes exponian á una duda universal á los simples fieles: primero, porque los mas son incapaces de asegurarse por sí mismos de si tal libro de la Escritura es auténtico, canónico, é inspirado; si está traducido con fidelidad, cuál es su verdadero sentido, y si el que ellos dan á algun pasaje se contradice por algun otro lugar de la sagrada Escritura; segundo, porque ninguna duda se ventila entre las diferentes sectas, en que cada una no alegue pasajes de la Escritura para fundar su opinion; y siendo de este modo el sentido de la Escritura objeto de todas las controversias, es un absurdo mirarle como medio único para decidir las.

Sin tomarse el trabajo de responder á estas razones, los protestantes replican que apelando á la autoridad de la Iglesia incurren los católicos en el mismo inconveniente, porque tambien, dicen, es difícil saber cuál es la verdadera Iglesia, tanto como discernir el verdadero sentido de la Escritura; que no es mas fácil convencerse de la infalibilidad de la Iglesia, que de la verdad ó falsedad de cualquiera otra opinion. Los incrédulos no dejaron de juzgar que ambos partidos tienen razon, y que no hay mas fundamento de la fe en uno que en otro.

Pero nosotros hemos demostrado la enorme diferencia que entre los dos se nota: 1° Hemos hecho ver que la verdadera Iglesia, se deja

discernir por un caracter evidente y sensible á todo hombre capaz de reflexion, á saber: por la catholicidad, caracter que no le disputa ninguna secta, y que todas se le cchan en cara como en aprobio. En el seno de la Iglesia no hay ignorante que no perciba, que su doctrina universal es un medio de instruccion mucho mas á su alcance que la sagrada Escritura, porque por lo regular no sabe leerla. Véase CATÓLICO, CATHOLICIDAD, CATHOLICISMO. 2° Probaremos que la infalibilidad de la Iglesia es una consecuencia directa é inmediata de la mision divina de sus pastores; esta mision se demuestra por hechos públicos, por su sucesion y ordenacion. Los protestantes falsamente suponen que esta infalibilidad no puede probarse sino por la sagrada Escritura: nosotros demostraremos lo contrario. V. IGLESIA, § 5.

Es preciso juzgar por los resultados cuál de los dos sistemas conduce á la incredulidad y al *escépticismo*. No con el catolicismo, sino con la pretendida reforma los argumentadores se convirtieron en socinianos, deístas, incrédulos y *escépticos*. En muchos artículos de este Diccionario hacemos ver que todos nacieron de aquel principio, y no han hecho mas que llevar sus consecuencias tan adelante como han podido.

Los incrédulos de todas las sectas casi no hicieron otra cosa que volver contra el cristianismo en general las mismas objeciones que los protestantes opusieron al catolicismo: luego no se nos debe acusar de que nuestro sistema conduce á la duda universal en materia de religion. V. ERRORES.

* *Escholentianos*. Nueva secta nacida del protestantismo en Holanda. Formada bajo la inspiracion del poeta Bilderdik, muerto en 1834, proclamó que la base de toda sociedad debia ser el Evangelio, y procuró establecer una especie de teocracia. Esta escuela, propagada por el judío convertido Daocosta, profesor en Amsterdam, y por Capadocio, médico del Haya, se hizo bien pronto una secta, que adoptó la profesion de fe del sínodo de Dordrecht, celebrado en 1618 y 1619, protestando contra el sínodo de 1816, que declaró que los ministros no estaban obligados á jurar las fórmulas del sínodo de Dordrecht, sino con restriccion y en cuanto no las creían contrarias á la conciencia. Este sínodo, anulando las fórmulas de 1618, hizo prevalecer el sistema de indiferencia, seguido por muchos ministros, los que en realidad son socinianos, hasta tal punto que en 1834 no quedaba ya en Leyda mas que un solo profesor que no lo fuese. Esta defeccion fué sin duda la que, despertando el

celo de los protestantes sinceros, dió lugar á los progresos de los nuevos sectarios, persuadidos de que eran mas ortodoxos, mas rígidos, mas calvinistas que el comun de los reformados. Dos jóvenes pastores (*curas protestantes*) de Cok y de Scholten, á los cuales se juntaron mas tarde otros tres, desplegaron el estandarte del puritanismo. Es de notar, en efecto, que la secta forma dos ramas distintas, la una que tiene por jefe á Daocosta y la otra á Scholten. Los partidarios de Daocosta admiten la divinidad de Jesucristo, y muestran mas regularidad en las prácticas de religion; mas no se separan de la Iglesia establecida, que quieren reformar, no destruir. Los *escholentianos*, al contrario, se han separado de la Iglesia dominante, á la que miran como desfigurada y corrompida. La primera acta de completa separacion de los *verdaderos reformados*, porque así se llaman, fué firmada el 13 de octubre de 1834, y el primero de noviembre salió una proclama exhortando á los adeptos á seguir este ejemplo. El clero protestante, herido en el corazón por sus propios hijos, dió un grito de alarma, y provocó de parte del sínodo general, que se reúne anualmente en el Haya, medidas de represion contra la audacia siempre creciente de los nuevos puritanos. En consecuencia fueron excluidos de la comunión del culto establecido. Ayudándose el Estado y la Iglesia mutuamente, el gobierno dió órdenes rigurosas contra los disidentes, y el sínodo no solamente lanzó la censura eclesiástica contra los *verdaderos reformados*, y quitó á sus jefes el caracter de pastores, sino que, con pretexto de que los templos protestantes son solo para el uso exclusivo del culto oficial, ordenó la evacuacion de los que conservaban los puebls cismáticos. Habiendo rehusado estos entregarse, se recurrió á la fuerza. Los nuevos religionarios, perseguidos por todas partes, se reunieron en casas particulares, en granjas y aun en el campo libre. No contento el gobierno con haber reducido á los *verdaderos reformados* á este estado de aislamiento, á fin de impedirles toda predicacion, se apoyó del artículo 291 del código penal frances, que aun está en vigor en este país, y los fiscales públicos persiguieron sin descanso á los nuevos sectarios del jefe de asociacion ilegal de mas de veinte personas. Estos, maltratados así en su patria, interesaron en su favor á los protestantes extranjeros. Varios pastores del canton de Vaud reclamaron en su favor, y una reunion de ministros disidentes celebrada en Londres les dió tambien pruebas de simpatías.

Esclavitud, Esclavo. El averiguar si toda esclavitud es contraria al derecho natural, es una cuestión que pertenece directamente a los filósofos moralistas. Pero como los patriarcas tuvieron esclavos y no son vituperados por ello, y como Moisés se limitó á dulcificar su triste condición sin extinguir absolutamente la servidumbre, y esta subsistió y aun subsiste en el cristianismo, los políticos incredulos de nuestro siglo declamaron á porfía contra la religión, que permitió ó toleró en todos tiempos esta infracción del derecho natural. Nos vemos, pues, precisados á examinar si sus quejas son fundadas, y si discurren sobre principios sólidos.

I. La primera necesidad del hombre es la vida y la subsistencia. Cuando para procurarla se ve alguno reducido á renunciar su libertad, nos inclinamos á que no comete un crimen. Si un amo no puede, sin perjudicar gravemente á sus intereses, asegurarse la vida, la subsistencia, la protección, sino bajo el concepto de servirle para siempre, no vemos qué injusticia puede haber en exigirlo, en qué ofende al derecho natural este reciproco convenio.

En el estado de las familias errantes y nómadas, cuando aun no se habia establecido la sociedad civil, un sirviente no podia mudar de amo sin expatriarse; un amo no podia despedir sus esclavos sin arruinar su familia. Por lo mismo la esclavitud era una consecuencia inevitable de la sociedad doméstica, aunque dulcificada con sus ventajas. Un esclavo podia heredar á su señor, si no tenia hijos. *Gen.*, xv, 2. La libertad civil no se hizo un bien hasta que fué protegida por las leyes, y se multiplicaron los medios de subsistencia: antes de esta época, la libertad absoluta era un mal para todo hombre que carecia de familia, de rebaños, esclavos y pastos. Seria un desatino empeñarse en sostener que la esclavitud doméstica era por entonces contraria al derecho natural. No vituperaremos, pues, á Abraham ni á los otros patriarcas por haber tenido esclavos; y no podemos dudar que los hayan tratado con toda la humanidad posible. Job protesta que nunca dejó de hacer justicia á sus esclavos y esclavas, cuando se la pidieron, porque siempre temió el juicio de Dios. *Job.*, xxxi, 13.

II. Moisés dió leyes á los hebreos para reunirlos en sociedad civil y nacional. Sabemos cuál era entonces el derecho de gentes en el estado de guerra, por el cual todo era pasado á sangre y fuego. Si á un prisionero, en lugar de quitarle la vida, se le privaba de su libertad, ¿era un rasgo inhumano? Si en el dia

estuviéramos en guerra con una nación salvaje que degollara todos los prisioneros, ¿nos creeríamos obligados por derecho natural á restituir á su libertad y patria á los que por nosotros fueran cogidos? Si en lugar de degollarlos por represalia se les redujera á la esclavitud, ¿podrían quejarse? Nosotros nos creeríamos sin duda obligados por las leyes de la humanidad á no hacer su condición insostenible, dulcificando cuanto fuese posible su natural ferocidad. Esto es lo que hizo Moisés.

Colocado á la cabeza de una nación que debia conquistar tierras con espada en mano, rodeada de pueblos que tenian esclavos, en un estado social en que la libertad era nula para los que no tenian propiedades, no podia suprimir absolutamente la esclavitud; hizo empero leyes muy sabias para suavizarla. *Éxod.*, xxi, 1, y sig.; *Levit.*, xxv, 40, etc. Nosotros sostenemos que la esclavitud era menos dura entre los judios que en ninguna otra nación conocida: seria fácil hacer la comparación. Y en semejante caso, ¿qué podrian hacer mejor nuestros filósofos defensores de los derechos de la humanidad?

Si se quiere disertar contra la esclavitud, es preciso no argüir sobre la idea de la libertad segun la conocemos en el dia: de este modo no existió en ninguna parte del mundo antes del nacimiento del cristianismo, y es un absurdo reprobar que Moisés no la hubiese establecido entre los judios en unos tiempos en que se oponia á ella el estado físico y moral del género humano. ¿Se hallará entre los judios un solo ejemplo de la barbarie con que los griegos y romanos, estas dos naciones tan ilustradas y tan cultas, trataban á sus esclavos?

En Atenas, aun despues de manumitidos, se llamaban *ciudadanos bastardos*. Los romanos tendrian á la mayor deshonra el comer con un esclavo: para admitirle á su mesa, era preciso antes manumitirle.

III. Cuando Jesucristo apareció sobre la tierra, no eran mejor conocidos los derechos de la humanidad que en el siglo de Moisés. Los filósofos, en lugar de ilustrarlos, los habian hecho mas oscuros. Los griegos habian decidido que los hombres, unos nacen para la libertad y otros para la esclavitud; que todo era lícito contra los bárbaros; es decir, contra todo hombre que no fuese griego: en sola la ciudad de Atenas habia cuatrocientos mil esclavos para veinte mil ciudadanos. En Roma, la condición de los esclavos era casi igual á la de las bestias de carga: cualquiera se estremece al leer el modo con que eran tratados estos infelices. Véanse las *Memorias de la Aca-*

demia de las Inscripciones, t. 63, en 12.^a, p. 102. Tal era el derecho comun de todas las naciones en los siglos de la filosofía. Si Jesucristo con sus leyes hubiese atacado de frente este pretendido derecho, habria autorizado la resistencia de los emperadores y demás soberanos al Evangelio: en el dia nuestros filósofos le acusarian de haber atentado contra el derecho publico de todas las naciones.

El divino Legislador tomó el partido mas ventajoso: con sus máximas de caridad, de dulzura, de fraternidad entre los hombres, preparó los ánimos para convencerse de que la esclavitud, segun se usaba entonces, ofendia los derechos de la naturaleza. En la *Epist.* de S. Pablo á *Filem.*, se ve lo que dicta la moral evangélica sobre este punto esencial, y lo elocuente del lenguaje de la humanidad en boca de la caridad cristiana: un esclavo que recibia el bautismo, adquiria el derecho de fraternizar con su señor.

«Cada uno, dice S. Pablo, permanezca en el estado en que fué convertido á la fe. ¿Eras libre, aprovéchate de la ocasion. *I. Corint.*, vi, 20. Despues del bautismo, ya no hay ni judío, ni gentil, ni señor, ni esclavo: todos vosotros sois un solo cuerpo en Jesucristo. *Ad Galatas*, iii, 27. Esclavos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y simplicidad de corazón, como quien sirve á Dios y no á los hombres... y vosotros, señores, tratad del mismo modo á vuestros esclavos, acordándoos de que tenéis en el cielo un Señor que es amo vuestro y suyo, y en quien no hay acepción de personas. *Ad Efesios*, vi, 3.

Esto no impidió á un filósofo de nuestros dias escribir, que no hay en el Evangelio una sola palabra que recuerde al género humano la libertad primitiva para la cual ha nacido: que nada se dice en el nuevo Testamento del estado de oprobio y de pena á que estaba condenada la mitad del género humano; que en los escritos de los apóstoles y PP. de la Iglesia no se encuentra una palabra que cambie unas bestias de carga en ciudadanos, en el principio á verificarse entre nosotros en el siglo XIII.

Este filósofo probablemente no habia leído jamás el nuevo Testamento, pues que ignoraba las palabras de S. Pablo, que acabamos de citar, y el nombre de hermano que Jesucristo da á todos los hombres. Es verdad que este divino Maestro no disertó como los filósofos sobre el derecho natural, sino que hace que le experimentemos, haciéndonos á todos hijos de Dios por el bautismo. Ningun efecto produjeron las excelentes máximas de Séneca y

de los demás estóicos sobre la humanidad debida á los esclavos: Jesucristo cambió las ideas y costumbres de los señores del mundo, enseñando á los hombres que Dios es padre de todos. En efecto, hecho cristiano Constantino, conoció la necesidad de las manumisiones; para repoblar un imperio devastado por guerras continuas, y se conveció al mismo tiempo de que el don de la libertad seria mucho mas precioso consagrado por motivos de religion: autorizó las manumisiones hechas en la iglesia á presencia del obispo; pero este uso ya estaba en práctica entre los cristianos, puesto que se hace mención de él en la carta de S. Ignacio á san Policarpo, *num. 4.* (Véase la nota de Coletier sobre este lugar.)

Bien pronto llegó el bautismo á dar á los esclavos la libertad civil con la libertad espiritual de hijos de Dios. Desde este momento se ocupó la legislación en molerar el poder de los señores sobre los esclavos, y las Iglesias se convirtieron en un asilo para aquellos infelices que eran injustamente maltratados por sus señores. *Hist. de l'Acad. des Inscrip.*, t. 19, en 12.^a, pág. 212 y 217; *Mem.*, t. 63, pág. 120. Las manumisiones *per vindictam* ó por la vara del pretor no se hicieron mas en los templos de los idolos, sino en la Iglesia á los pies de los altares, en *sacro-sanctis ecclesiis*, y entonces los manumitidos yus posterioridad estaban bajo la protección de la Iglesia. *Dictionnaire des Antiquités*, en la palabra *affranchissement*.

Recomendando la humanidad á los señores, la Iglesia respetó sus derechos: los antiguos cánones prohiben ordenar á un esclavo, ó que se le admita en un monasterio sin el consentimiento de su señor. *Bingham, Orig. eccl.*, t. 4, c. 4, § 23; t. 7, c. 3, § 2.

A pesar de tan sabias disposiciones, nuestros filósofos reprehenden la política de Constantino; pero su privilegio exclusivo consiste en no estar nunca de acuerdo consigo mismos. Unas de las mejores obras y mas comunes entre los cristianos fué sacar á sus próximos de la esclavitud y comprar su libertad. Muchos llevaron el heroísmo de la caridad hasta el extremo de hacerse á sí mismos esclavos por libertar á otros; así lo dice S. Clemente de Roma, *Epist. 1.^a ad Cor.*, *num. 7.* y es un ejemplo de esta verdad san Paulino de Nola. Los obispos creyeron que no podian hacer un uso mejor de las riquezas de las Iglesias; que consagrarlas al rescate de los esclavos: S. Exuperio de Tolosa vendió hasta los vasos sagrados para llenar este deber de caridad.

La historia conserva el recuerdo de las plaudosas profusiones que hizo Santa Batilda, reina de Francia, regenta del reino, para res-

catará los esclavos, y del celo que la animala para extinguir la esclavitud. Era imposible que unos ejemplos tan brillantes no tuviesen imitadores. Sin embargo, se atreven á escribir en nuestros días que el cristianismo en nada contribuyó á extinguir ni á dulcificar la esclavitud.

Los efectos de la caridad cristiana hubieran sido mas pronto y mas sensibles, si la irrupcion de los bárbaros no hubiese cambiado de un solo golpe el derecho público y las costumbres de la Europa; pero la especie de *servidumbre* que introdujeron era mucho mas dulce y soportable que la *esclavitud* doméstica usada entre los griegos y romanos. Por esta razon inspiró menos compasion, subsistió largo tiempo, y aun se conservan algunas restas de ella.

Cuando nuestros filósofos dicen que la *esclavitud* aun se conserva en Polonia y aun en Francia, que los eclesiásticos y los monasterios tienen *esclavos* con el nombre de *manos muertas*, juegan con las palabras y con la credulidad de los lectores. ¿Qué se entiende por *manos muertas*? Es un contrato por el cual un señor cede sus tierras á un colono con las condiciones siguientes: primera, de un censo ó renta anual en granos, dinero, ó trabajo personal; segunda, que el colono no pueda vender ni enajenar estas tierras sin consentimiento del señor, y sin pagarle los derechos de laudemio y de renta; tercera, que si el colono llega á morir sin herederos mancomunados en bienes con él, su sucesion pertenecerá al señor. ¿En dónde está la injusticia y la dureza de este contrato? Es verdad que incomoda la libertad del colono; pero es muy difícil saber si la libertad absoluta es un bien para los que no tienen inteligencia, actividad y conducta; y no son bastante sabios nuestros filósofos para fallarlo sin apelacion. Bueno es que sepamos que un colono de *manos muertas* puede quedar libre cuando quiera; cediendo al señor las tierras que lleva de su mano y el tercio de los muebles, tiene derecho á proveerse ante el juez, y de hacer que se le declare libre súbdito del monarca. Muchos señores de Polonia ofrecieron la libertad á sus siervos, y estos la rehusaron. ¿De qué sirven, pues, las diatribas de nuestros filósofos?

Perola *esclavitud*, tomada en rigor, subsiste aun en las colonias... No es este lugar á propósito para discutir esta cuestion de moral y de política; podremos examinarla en el artículo Necros. Baste haber manifestado lo que en este punto enseña y prescribe el cristianismo. Desde que el comercio enseña á los hombres á

no adorar mas Dios que el dinero, y el filosofismo acaba tambien de reforzar esta disposicion, podemos anunciar que la servidumbre no será disminuida ni dulcificada. Bien sabido es que algunos de nuestros filósofos que mas declararon contra el comercio de negros, aumentaron sus capitales con este tráfico; hé aqui la humanidad que inspira la filosofía.

Un autor inglés hizo una reflexion muy sabia sobre este punto. Es asombroso, dice, que un pueblo que habla con tanto calor de la libertad política no tenga ningun escrúpulo en reducir una parte de los habitantes del globo á un estado en que están, no solamente privados de toda propiedad, sino tambien de toda especie de derecho. Tal vez él acaso no produjo jamás ninguna combinacion mas propia para poner en ridiculo un sistema grave, noble, generoso, y demostrar lo poco que los hombres se dirigen en su conducta por los principios filosóficos. *Observe, sur les comm. de la Société, par Millar, V. SERVIDUMBRE.*

Escogido, Electo, Eleccion. Estas palabras se usan en el nuevo Testamento en dos diferentes sentidos. *Electo ó escogido* significa comunmente fieles, aquellos que Dios escogió para componer su Iglesia, y á quienes se dignó conceder el don de la fe. *Joan., xv, 16; Act., xii, 17; Ephes., i, 4; 1 Petri., i, 1.* etc. Tambien se aplica este nombre á los que Dios eligió para la felicidad eterna, quienes en efecto se salvan y se llaman predestinados.

No entraremos en discusion para averiguar en cuál de estos dos sentidos se debe entender la expresion de Jesucristo, *Mat., xx, 16*, y *xvii, 14*. Ambos tienen á su favor autoridades tan numerosas y tan respetables, que no es fácil formar juicio sobre cual de los dos merece la preferencia. Debemos, pues, limitarnos á algunas reflexiones.

*[El Evangelio declara expresamente que hay *pocos escogidos*; los PP. de la Iglesia confirman este sentir, y muchos teólogos le miran como un artículo de fe. Contra esto se dice: que puesto que está decidido que solo un muy escaso número de cristianos puede llegar á la felicidad eterna, no pueden ser sólidos los motivos que hay para esperar esta felicidad. Bergier que formula esta objecion (*Traité de la vraie religion*), responde á ella en estos términos:

« La cuestion está en saber si por los *escogidos* se debe entender aquellos que se salvan, ó solamente aquellos que se hallan en el camino de la salvacion, los fieles. Para resolverla, es preciso consultar á los comentaristas, á los PP., la Escritura misma, la analogia de la fe.

» Entre los comentaristas no hay ninguna uniformidad. Sin hablar mas que de los católicos, Cayetano, Mariana, Tostado, Lucas de Bruges, Maldonado, Cornelio de la Pierre, Menoquio y el P. Picquigni admiten una y otra explicacion; entienden por *escogidos*, ya los hombres que se salvan, ya los fieles. Janseño de Gand juzga que este último sentido es el mas natural; Stapleton sostiene lo mismo contra Calvino; Sacy en sus *Comentarios* juzga que este es el sentido literal; Calmet parece darle tambien la preferencia. Euthimio no le da otro sentido, siguiendo á S. Juan Crisóstomo. El P. Hardouin sostiene que este es el único sentido que concuerda con lo siguiente del texto; el P. Berruyer excluye tambien todo otro sentido, y por esto mismo ha sido condenado: mas la facultad de teología no ha querido seguramente censurar á los intérpretes católicos que acabamos de citar, y que son seguidos por otros muchos. ¿Qué dogmas se pueden fundar sobre un pasaje susceptible de dos sentidos tan diferentes?

» La misma variedad reina entre los PP. de la Iglesia; para reunir sus diferentes pasajes, seria preciso todo un volumen. Los compiladores que querian entender por esta palabra *escogidos* el pequeño número de fieles que se salvan, han citado cuidadosamente los textos que parecen favorecer su opinion, dejando á un lado los que le son contrarios. (*De paucitate fidel. salvand., etc.*) Algunas veces por *escogidos* entienden los PP. á los fieles; otras veces entienden no simplemente los hombres que se salvan, sino aquellos que se salvan en virtud de su inocencia, de una vida santa y sin mancha. Estos últimos sin duda son en muy pequeño número; mas de esto no se infiere nada contra la salvacion de los que son menos perfectos. Cuando Pelagio osó decidir que en el juicio de Dios todos los pecadores serian condenados al fuego eterno, S. Jerónimo y S. Agustín clamaron altamente contra esta temeridad. S. Jerónimo, *Dial. I contra Pelag., c. 9*; S. Agustín, *L. de Gestis Pelagii, c. 3, n. 9.*

» Pero el mejor comentario del Evangelio es el Evangelio mismo. En veinte pasajes del nuevo Testamento, *escogidos* designa evidentemente á los fieles, aquellos que creen en Jesucristo, por oposicion á los que Dios deja en la infidelidad; *eleccion* es lo mismo que *vocacion* á la fe.

» La máxima *son muchos los llamados y pocos los escogidos* se halla dos veces en S. Mateo, á saber: *xx, 16*, y *xxii, 14*. Estos dos capítulos, y todo lo que precede desde el *xix, 30*, se refieren al mismo objeto; á mostrar el pequeño número de judios dóciles á las elec-

ciones de Jesucristo; á anunciarles que los gentiles serian menos incrédulos y les serian preferidos. La comparacion del camello, los trabajadores de la viña, los dos hijos del padre de familias, el heredero muerto por los viñadores, el festin de las bodas son otras tantas parábolas que confirman esta misma verdad. La conclusion es que los gentiles llamados los últimos serian *electos ó escogidos* en mayor número que los judios, que fueron llamados los primeros, porque entre estos hay muy pocos que responden á su vocacion, *xxii, 14.*

» Preguntado Jesucristo para saber si son pocos los que se salvan, responde: *Procurad entrar por la puerta estrecha, porque muchos desearán entrar, y no podrán. Luc., xii, 24.* La puerta estrecha era su moral severa, y eran pocos los que tenian valor para abrazarla. Cuando la Judea fué devastada por los romanos, muchos judios dispersos se arrepintieron, sin duda, de no haber dado crédito á las predicciones y á las lecciones de Jesucristo; mas era demasiado tarde, quisieron entrar, y no pudieron.

» Si las parábolas del Evangelio pueden servir de prueba, se debe inferir que es grande mas bien que pequeño el número de los hombres que se salvan; Jesucristo compara la separacion de los buenos de con los malos al juicio final, á la que se hace del grano bueno de con la cizaña. *Mat., xiii, 24.* Mas en un campo cultivado con esmero nunca es la cizaña mas abundante que el buen grano. Tambien la compara á la separacion de los peces malos de con los buenos; y á qué pescador le ha sucedido coger menos peces buenos que malos? De las diez virgenes llamadas á las bodas, cinco fueron admitidas á la compania del esposo. En la parábola de los talentos, dos servidores fueron recompensados, y uno solo castigado; en la del finis, uno solo de los convidados fué despedido....

» Mas supongamos que sea absolutamente preciso tomar las palabras *son pocos los escogidos* en el sentido mas riguroso; ¿qué se seguirá de esto? Que el mayor número es el de aquellos que no han querido salvarse, que han resistido á la gracia, que han muerto voluntariamente en el imperitencia final sin contricion ni remordimientos. ¿Y puede influir la obstinacion de estos desgraciados sobre la suerte de un cristiano que desea sinceramente salvarse y corresponder á la gracia? Si la salvacion fuese un negocio de la suerte y del acaso, el gran número de los que se pierden seria capaz de aterrar á los otros; mas es la obra de nuestra voluntad asi como de la gra-

cia, y esta no se nos niega. La reprobación no proviene, pues, nunca de falta de gracia, sino de falta de voluntad en el hombre. ¿ En qué sentido puede la malicia de los réprobos echar por tierra la confianza de un justo ó de un pecador penitente? » 7

Un entendimiento sólido y bien instruido no se deja trastornar por una opinión profánica en que no dió su juicio la Iglesia: tal es la del grande ó pequeño número de los *escogidos*. Aun cuando la del número pequeño fuese la mas verdadera, solamente se seguiría que el mayor número es de los que no quieren salvarse; que resisten á las gracias que Dios les concede, y que voluntariamente mueren en la impenitencia final. Si la condenación de los réprobos proviniera de su natural debilidad, ó de la falta de auxilios de parte de Dios, como parece que piensan algunos teólogos, tendríamos sin duda motivos para presumir que se nos reservaba la misma suerte; pero esta falsa suposición es un error, porque Dios no permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas; á todos dispensa sus gracias, y perdona los pecados que nacen de debilidad. De la misma manera, si la salvación fuese un negocio de suerte ó de casualidad, á cuya consecución en nada pudiéramos cooperar, el pequeño número de predestinados debería estremecerlos y sumirlos en la desesperación. Pero no sucede así; nuestra salvación es obra nuestra con el auxilio de la gracia; es una recompensa, y no un golpe de fortuna como la suerte de una lotería, en la cual ningunas influencias tienen nuestros deseos ni esfuerzos. La desgracia de los que no quisieron merecer esta recompensa no quita á nadie la potestad de alcanzarla, porque Dios la destina á todos, y la multitud casi infinita de los que la consiguiere demuestran que todos podemos alcanzarla. Todos los sofismas que en esta materia pueden formarse por comparaciones falsas son absurdo, y nada prueban.

Pero por otra parte, aun cuando fuese cierto que se salvará el mayor número de los fieles, no se sigue que nosotros podemos adormecernos en el negocio de la salvación, perseverar impenitente en el pecado, descuidarnos de hacer buenas obras, y descansar sobre la misericordia de Dios, quien nos advierte que solo será coronado el que combatiere legítimamente, y que no se salvará sino el que perseverar hasta la muerte. Si un sentimiento de compunción puede acaso salvarnos al tiempo de la muerte, otro tal vez de desesperación ó de impenitencia podrá sobrecojernos en aquella hora y perdernos para siempre. Un solo cristiano reprobado entre mil *escogi-*

dos debería ser suficiente para hacernos vigilantes.

El pretendido triunfo que Bayle atribuye al demonio sobre Jesucristo en el día del juicio por el gran número de condenados, es absurdo por todos respectos. Supone: 1.º Que el demonio tiene tanta parte en la reprobación de los malos como Jesucristo en la salvación de los justos; que los primeros se pierden porque el demonio es mas fuerte y Jesucristo mas débil; este es un rasgo de impiedad y de demencia. Se condenan, no por la malicia del demonio, sino por su propia malicia, puesto que Dios no permite al demonio tentarnos sobre nuestras fuerzas, y que con el auxilio de la gracia pudieran vencer al enemigo de su salvación. 2.º Otro absurdo es mirar la suerte de los buenos y malos como un combate entre Jesucristo y el demonio, en el cual Jesucristo hace todo lo que puede por salvar un alma sin conseguirlo; como si la salvación fuese únicamente obra del poder de Dios sin la libre cooperación del hombre. ¿Tendrá el demonio mas poder que el que Dios quiso darle? 3.º Suponen que por la pérdida de un alma pierde Jesucristo algo de su felicidad ó de su gloria, que tiene sentimiento, como el demonio rabia cuando no consigue pervertir un justo; que Jesucristo esengañado en sus medidas, como Satanás confundido en sus proyectos: ¡ paralelo insensato! Jesucristo, en cuanto Dios, supo desde la eternidad el número de los *escogidos* y el de los réprobos: aun cuando todo el género humano pecase, el Salvador nada perdería en sí mismo, y el demonio no sería menos desgraciado por toda la eternidad.

Por lo cual la victoria de Jesucristo sobre el demonio no debe consistir en que ningún hombre pueda condenarse por su culpa, porque en este caso la virtud no sería de mérito alguno, y la salvación no sería una recompensa. Consiste pues en que el género humano, desterrado del cielo por la primera culpa, recuperó por la redención la facultad de entrar en él, y en que cada particular recibe por los méritos de Jesucristo todas las gracias que necesita para salvarse, de modo que si se condena es del todo inexcusable.

Si algunos PP. de la Iglesia y autores ascéticos hicieron casi la misma suposición que Bayle para cubrir de vergüenza á los pecadores y hacerlos correrse por su torpeza, no se debe tomar literalmente lo que dijeron á impulsos de su celo, ni de su celosa exageración pueden los incrédulos sacar ventaja ninguna.

Escolástica. V. TEOLOGÍA.

Escotistas. Se llaman así los teólogos escolásticos adheridos á las opiniones de Juan Duns, religioso franciscano, llamado por sobrenombre *Scot*, porque se le tenía por escocés ó irlandés, aunque habia nacido en Dunsion en Inglaterra: hasta el siglo XVI no se le supuso originario de Escocia y de Irlanda. Este doctor, á principios del siglo XIV, se distinguió en la Universidad de Paris por la penetración y sutileza de su ingenio, lo cual le granjeó el nombre de *doctor sutil*. Otros le llamaron *doctor resolutivo*, porque aventuró muchas opiniones nuevas, y no se sujetó á los principios de los teólogos que le precedieron. Se preciaba particularmente de adoptar las opiniones opuestas á las de Sto. Tomás, lo cual produjo la rivalidad entre las dos escuelas, una de *escotistas* y otra de *tomistas*, esta de dominicos y aquella de franciscanos.

En las cuestiones de filosofía ambas siguen ordinariamente la doctrina de los peripatéticos; en orden á la teología, *Escoto* se granjeó mucho honor sosteniendo la Inmaculada Concepción contra los dominicos que la negaban. Excepto este artículo, que ningún católico disputa en el día, no están divididas las dos escuelas sino sobre puntos problemáticos muy oscuros y de muy poca importancia, como el modo con que producen la gracia los sacramentos, el modo con que Dios coopera por la gracia con la voluntad del hombre, en qué consiste la identidad personal, etc.: la fe no se interesa en ninguna de estas disputas. Por lo mismo se equivocan los protestantes en objetarnos estas divisiones escolásticas, cuando nosotros los oponamos los combates de sus diferentes sectas: estas no convienen entre sí en la misma profesion de fe, se echan en cara mutuamente considerables errores, y no tienen fraternidad en un mismo culto. No sucede así con los *escotistas* y *tomistas*; unos y otros son reconocidos por buenos católicos, suscriben á todas las decisiones de la Iglesia, y nunca se han anatematizado unos á otros.

Nos debe confundir á Juan Duns *Escoto* con otro Juan *Escoto* Erigenes ó irlandés, que vivió y murió rudo en el siglo IX en el reinado de Carlos el Calvo. Los protestantes afectan pintar á este como un filósofo eminente y sabio teólogo, que juntaba á una profunda erudición mucho ingenio y sagacidad, y adquirió una reputación sólida y brillante por sus diferentes obras. Así habla de él Mosheim, *Hist. ecclési.*, siglo IX, 2.ª parte, c. 1, § 7; c. 2, § 14 al fin; c. 3, § 10 y 20. De ningún santo Padre hizo tan grande elogio. La razon es porque Juan Escoto Erigenes atacó la fe cató-

lica respecto á la Eucaristia, y sostuvo que el pan y vino no son mas que signos del cuerpo y sangre de Jesucristo. En sus escritos bebió su error Berengario doscientos años despues, y fué condenado por haberle sostenido.

Pero segun el testimonio de los autores contemporáneos, Erigenes no fué mas que un sofista sutil y osado, un vano argumentador que no conocia la Escritura ni la tradicion, aunque tenia alguna erudición profana; dió en los errores de Pelagio, en las visiones de Orígenes y en las impiedades de los coliridianos: las mas de sus obras fueron censuradas y condenadas al fuego. Nada conservamos de lo que escribió contra la Eucaristia, y así no se puede juzgar de él sino por lo que dicen los de su tiempo. Fué refutado sobre la marcha por Adreyald, monje de Fleury; dió lugar á que el papa Nicolás escribiese á Carlos el Calvo quejándose de él: fué condenado en el concilio de Verceil en 1050, y en el de Roma en 1059. *Hist. lit.*, de la France, t. 3, p. 416 y sig. Hé aquí á lo que se reduce la *reputación sólida y brillante* que quisieron los protestantes atribuir á este escritor.

Escritura. Nombre comun en la sagrada Escritura y que tiene muchas significaciones.

1.º Se toma por un escritor ó un secretario: este empleo era considerable en la corte de los reyes de Judá. Sarafá en tiempo de David, Eliotheph y Abia en tiempo de Salomón, Sobna en tiempo de Ezequias y Saphan en tiempo de Josías ejercian el empleo de secretarios. *II Reg.*, viii, 47; xx, 23; *IV Reg.*, xxix, 2; xxxi, 8, 9, etc.

2.º Significa alguna vez el comisario del ejército, encargado de la revista y enumeración de las tropas, y de conservar el registro: *Jeremías*, iiii, 25, habla de un oficial de esta especie que fué llevado cautivo por los caldeos, y tambien se hace mención de él en el primer lib. de los *Macab.*, v, 42, y vii, 42.

3.º Regularmente significa un sujeto hábil, un doctor de la ley, cuyo ministerio era copiar y explicar los libros sagrados. Algunos suben el origen de estas *escritas* á los tiempos de Moisés, otros á los de David, y otros á los de Esdras despues del cautiverio. Estos doctores eran muy estimados entre los judios; alternaban con los sacerdotes, aunque sus funciones eran diferentes.

Los judios distinguan tres especies de *escritas*: los *escritas de la ley*, cuyas decisiones en esta materia se miraban con el mayor respeto; los *escritas del pueblo*, que eran magistrados, y finalmente los *escritas*

comunes, que eran notarios públicos ó secretarios del Sanhedrin.

S. Epifanio y el autor de los *Exámenes* atribuidos á S. Clemente cuentan á los *escribas* entre las sectas judaicas; pero lo cierto es que estos doctores no formaban una secta particular. Sin embargo, parece probable que, como en tiempo de Jesucristo toda la ciencia de los judíos consistía principalmente en las tradiciones farisáicas y en el uso de ellas para explicar la sagrada Escritura, la mayor parte de los *escribas* eran fariseos; casi siempre se les ve juntos en el Evangelio, y Jesucristo reprendía á unos y otros los mismos vicios y los mismos errores.

Escritores sagrados ó autores inspirados. Son los que escribieron los libros que llamamos *Sagrada Escritura*, como fueron Moisés, Josué, Samuel, David, Salomón, los Profetas, etc. Veremos en el artículo siguiente en qué consiste la inspiración que se les atribuye. Aunque hay algunos libros en el antiguo Testamento cuyos autores no son conocidos con toda certidumbre, esto no ofrece dificultad ninguna respecto á su inspiración, por lo menos para los católicos. Nosotros no creemos la divinidad de los libros por reglas de crítica, sino por el testimonio de la Iglesia á quien fueron entregados, como palabra de Dios, por Jesucristo y por los apóstoles los libros que componen la Escritura. A los protestantes toca decir en qué se fundan para creer la divinidad ó inspiración del libro de los Jueces, por ejemplo, sin saber ciertamente quién le escribió, ni si estaba inspirado.

La creencia de la sinagoga no bastaría para fundar la nuestra, si este punto esencial no hubiese sido confirmado por Jesucristo y por los apóstoles; no estamos ciertos de este hecho sino por el testimonio, ó la tradición de la Iglesia, porque esto no está escrito en ninguna parte.

Decir, como los protestantes, que estamos convencidos de la inspiración de un libro por un gusto sobrenatural, ó por una gracia interior del Espíritu Santo, es dar en el fanatismo. Si un hombre tiene tanto gusto en leer los libros de los Macabeos como el de los Jueces, ¿quién podrá graduarle de injusto? Un musulmán, fundándose en su gusto, hace juicio de que el Alcorán es el mas bello, mas sublime y mas divino de todos los libros; ¿como podrá un protestante probar que su gusto viene del Espíritu Santo, y que el de un turco no es mas que una preocupación de su nacimiento?

Para desacreditar á los *escribas sagrados*,

los incrédulos calumniaron sus costumbres, pintándolos como malhechores: nosotros responderemos á sus inectivas en cada artículo en que hablemos respectivamente de estos *escribidos* en particular, como *David, Moisés, Salomón*, etc.

ESCRITORES ECLESIASTICOS. A mas de los PP. de la Iglesia de los seis ó siete primeros siglos, hay muchos autores que trataron de materias teológicas en los siglos posteriores, ó por mejor decir, los hubo en todos tiempos. Aunque no tengan tanta autoridad como los PP., prueban sin embargo el hilo de la tradición y la uniformidad de nuestra fe en diferentes siglos. S. Jerónimo escribió un catálogo de los PP. y escritores eclesiásticos que vivieron hasta su tiempo. Focio en el siglo IX publicó una *Biblioteca* ó listas y extractos de todos los autores que le habian precedido en número de doscientos ochenta. Esta obra es tanto mas preciosa, cuanto se han perdido las mas de las obras de los escritores que nos ha extractado. Entre los modernos, Tillemont, Dupin, Cave y Dom Cellier, benedictino, han trabajado en darnos á conocer los escritores eclesiásticos, distinguiendo las obras auténticas de las dudosas ó suplantadas. Esta parte de crítica está hoy mas adelantada que en los siglos pasados, especialmente despues de las bellas ediciones que se han publicado de los PP. y escritores eclesiásticos.

Los trabajos inmensos que fué preciso emprender para llegar al punto en que estamos, demuestran que los teólogos católicos procedieron siempre de buena fe, y que jamás tuvieron intencion de fundar su doctrina sobre títulos falsos ó dudosos. Los que escribieron en los siglos pasados pudieron tal vez haber tenido poca sagacidad y desconfianza: citaban con demasiada seguridad trozos que pasaban por auténticos, porque no se formaba contra ellos ninguna sospecha. Antes de la invención de la imprenta y antes de la formación de las grandes y ricas bibliotecas, no era fácil confrontar los autores, examinar los manuscritos, distinguir las épocas y los siglos, etc. No se debe acriminar á los que nos precedieron el haber tenido menos auxilios que nosotros.

No puede negarse que los protestantes contribuyeron mucho á perfeccionar este género de erudición, aunque los motivos de sus trabajos no eran bastante puros para inspirarnos reconocimiento. Comenzaron por la refutación de todo lo que les incomodaba; atacaron con personalidades á todos los autores que se les oponian; mal método por cierto, porque al fin sus sospechas, su des-

confianza, sus censuras y sus réplicas recaen no solamente sobre los PP. antiguos, sino tambien sobre los *escribidos* sagrados. Fué preciso trabajar para conservarlo todo, porque todo quisieron destruirlo.

Escritura Sagrada, ó simplemente *Escritura*, es el nombre general de los libros del antiguo y nuevo Testamento, compuestos por los sagrados escritores é inspirados por el Espíritu Santo. Además de las cuestiones concernientes á la *Sagrada Escritura*, que se han tratado ya en los artículos *BIBLIA*, *CANON*, *CANÓNICO*, etc., quedan aun muchas por ventilar: 1.º La autenticidad de los libros santos. 2.º La divinidad de su origen. 3.º La distinción de los diferentes sentidos del texto. 4.º La autoridad de estos libros en materia de doctrina. 5.º Las quejas que sobre esto forman los protestantes contra la Iglesia católica. No podemos tratar todas estas cuestiones sino muy sucintamente. En cuanto á la verdad histórica de estos mismos libros, véase *HISTORIA SANTA Y EVANGELIO*.

L.

De la autenticidad de la Sagrada Escritura.

* [Hé aquí por de pronto una reflexion general de Bossuet (*Discurso sobre la Historia Universal*, parte 2.ª, c. 27), sobre la relacion que hay entre los libros de la Sagrada Escritura:

Los libros que los egipcios y los otros pueblos llamaban divinos se han perdido hace largo tiempo, y apenas nos resta alguna confusa memoria de ellos en las historias antiguas. Los libros sagrados de los romanos, en donde Numa, autor de la religion, habia escrito sus misterios, han perecido á manos de los romanos mismos, y el senado los hizo quemar como subversivos de la religion. Estos mismos romanos han dejado al fin perecer los libros sibilticos, tan largo tiempo reverenciados entre ellos como proféticos, y en los que querian se creyese que ellos hallaban los decretos de los dioses inmortales sobre su imperio; no habiendo sin embargo mostrado al público, no ya un solo volumen, pero ni siquiera un solo oráculo. Los judíos han sido los únicos cuyas sagradas Escrituras han estado en tanta mas veneracion, cuanto que han sido mas conocidas. Ellos solos son los que, entre todos los pueblos antiguos, han conservado los monumentos primitivos de su religion, á pesar de estar llenos de testimonios de su infidelidad y de la de

sus antepasados, y aun hoy dia este mismo pueblo subsiste sobre la tierra para llevar á todas las naciones, adonde se ha dispersado, juntamente con la religion, los milagros y las predicciones que la hacen inalterable.

« Cuando Jesucristo vino al mundo, y enviado por su Padre para cumplir las promesas de la ley, confirmó su mision y la de sus discípulos con nuevos milagros, estos fueron escritos con la misma exactitud. Los actos de aquel fueron públicos á toda la tierra; las circunstancias de los tiempos, de las personas y de los lugares han hecho el examen muy fácil á todo el que ha sido cuidadoso de su salvacion. El mundo se ha informado, el mundo ha creído, y por poco que se consideren los antiguos monumentos de la Iglesia, se confesará que ningun negocio ha sido juzgado con mas reflexion y conocimiento de causa.

« Mas en la mutua relacion que tienen entre si los libros de los dos Testamentos, hay que considerar una diferencia; y es, que los libros del antiguo pueblo han sido compuestos en diversos tiempos. Unos son los tiempos de Moisés; otros los de Josué y los Jueces; otros los de los Reyes; otros aquellos en que el pueblo fué sacado del Egipto, y en los que recibió la ley; otros aquellos en que conquistó la tierra prometida; otros en los que fué restablecido en ella con milagros visibles. Para vencer la incredulidad de un pueblo apegado á los sentidos, tomó Dios una larga serie de siglos, durante los cuales prodigó sus milagros y sus profecias, á fin de renovar á menudo los testimonios sensibles con que se confirmaban sus verdades santas. En el nuevo Testamento siguió una conducta diferente. Nada puede revelar de nuevo á su Iglesia despues de Jesucristo. En él está la perfeccion y la plenitud: todos los libros divinos que han sido compuestos en la nueva alianza, lo han sido en tiempo de los apóstoles.

« Es decir, que el testimonio de Jesucristo y el de aquellos que él se dignó escoger para testigos de su resurreccion, ha bastado á la Iglesia cristiana. Todo lo que ha venido despues la ha edificado; pero ella no mira como puramente inspirado por Dios, sino lo que los apóstoles han escrito, ó lo que han confirmado con su autoridad.

« Mas en esta diferencia que se halla entre los libros de los dos Testamentos, ha guardado Dios siempre el orden admirable de hacer escribir las cosas en el tiempo que habian sucedido, ó cuando su memoria era aun reciente. Así es que las han escrito los

que las sabían, y también los que las sabían han sido los que han recibido los libros que de ellas daban testimonio: los unos y los otros las han dejado á sus descendientes como una preciosa herencia, y la piadosa posteridad los ha conservado.

» Así es como se ha formado el cuerpo de las sagradas Escrituras, tanto del antiguo como del nuevo Testamento; Escrituras que se han mirado desde su origen como enteramente verdaderas, como dadas por el mismo Dios, y que se han conservado también con tanta religión, que se ha creído ser una impiedad el alterar en ellas una sola letra.

» Así es como han llegado hasta nosotros siempre santas, siempre sagradas, siempre inviolables; conservadas las unas por la tradición constante del pueblo judío, y las otras por la tradición del pueblo cristiano, tanto mas cierta, cuanto que ha sido confirmada con la sangre y el martirio, así de aquellos que han escrito estos libros divinos, como de los que los han recibido.

» San Agustín y los demás PP. preguntan bajo qué fe atribuimos nosotros los libros profanos á tiempos y á autores ciertos. Cada uno responde inmediatamente, que los libros se distinguen por las diferentes relaciones que dicen á las leyes, á las costumbres, á las historias de cierto tiempo, por el estilo mismo que lleva impreso el carácter de las edades y de los autores particulares; mas que por todo esto aun, por la fe publica, por una tradición constante. Todas estas cosas concurren á establecer los libros divinos, á distinguir sus tiempos y á designar sus autores; y cuanto mas religión ha habido en conservarlos en su integridad, es mas incontestable la tradición que nos los conserva.

» Así es que la Escritura ha sido reconocida siempre, no solo por los autores ortodoxos, sino también por los herejes y aun todo el infiel Moisés ha pasado siempre en por los Orientes, y después en todo el universo, por el legislador de los judíos y por el autor de los libros que estos le atribuyen. Los samaritanos, que los han recibido de las diez tribus separadas, los han conservado tan religiosamente como los judíos; su tradición y su historia es constante, y no es menester recapacitar mas que sobre algunos lugares de la primera parte para ver toda la continuación.

» Dos pueblos tan opuestos no han tomado estos libros divididos el uno del otro; los dos los han recibido de su origen común desde el tiempo de Salomón y de David. Los antiguos caracteres hebreos, que los samaritanos

conservan aun, muestran bastantemente que no han seguido á Esdras que los ha cambiado. Así el Pentateuco de los samaritanos y el de los judíos son dos originales completos, independientes uno de otro. La perfecta conformidad que se ve en ellos, en la sustancia del texto, justifica la buena fe de los pueblos: estos son testigos que concuerdan sin entenderse, ó por mejor decir, que concuerdan á pesar de sus enemistades, y á los que la sola tradición inmemorial de una y otra parte ha unido en el mismo pensamiento.

» Aquellos, pues, que han querido decir, aunque sin razón ninguna, que habiéndose perdido estos libros, ó no habiendo existido jamás, han sido restablecidos, ó de nuevo compuestos ó alterados por Esdras, además de que son desmentidos por Esdras mismo, lo son también por el Pentateuco, que se halla aun hoy en las manos de los samaritanos, tal como lo habían leído en los primeros siglos Eusebio de Cesarea, S. Jerónimo y los demás autores eclesiásticos; tal como estos pueblos lo habían conservado desde su origen, y una secta tan débil parece no subsiste tanto tiempo sino para dar testimonio de la antigüedad de Moisés.

» Los autores que han escrito los cuatro Evangelios no reciben un testimonio menos seguro del consentimiento unánime de los fieles, de los paganos y de los herejes. Este gran número de pueblos que han recibido y traducido dichos libros divinos, tan luego como fueron hechos, están todos conformes en su fecha y en sus autores. Los paganos no han contradicho esta tradición: ni Celso que ha atacado estos libros sagrados casi en el origen del cristianismo; ni Juliano el Apóstata, aunque nada ignoró ni omitió de cuanto podía desacreditarlos; ni ningún otro pagano ha sospechado jamás que fuesen supuestos: al contrario, todos les han atribuido los mismos autores que los cristianos. Los herejes, aunque abrumados con la autoridad de estos libros, no osaban decir que no fuesen de los discípulos de Nuestro Señor. Sin embargo, ha habido herejes que han visto los principios de la Iglesia, y á cuya vista han sido escritos los libros del Evangelio. Así el fraude, si lo hubiera podido haber, hubiese sido descubierta muy pronto sin haber podido ir adelante. Es verdad que después de los apóstoles, y cuando la Iglesia estaba ya extendida por toda la tierra, Marción y Manes, herejes los mas temerarios y los mas ignorantes de cuantos ha habido, á pesar de la tradición venida de los apóstoles, continuada por sus discípulos y por los obispos, á quienes aque-

llos habían dejado su silla y el gobierno de los pueblos, y recibida unánimemente por toda la Iglesia cristiana, osaron decir que tres de los Evangelios eran supuestos, y que el de S. Lucas, que ellos preferían á los otros, no se sabe por qué, pues que no había venido por otro conducto, había sido falsificado. ¿Mas qué pruebas daban de esto? Puras visiones y ningún hecho positivo. Por toda razón decían que era contrario á sus sentimientos; debía haber sido inventado necesariamente por otros que por los apóstoles, y alegaban por única prueba las mismas opiniones que se les combatían; opiniones por otra parte tan extravagantes y tan manifiestamente insensatas, que no se sabe cómo han podido entrar en el entendimiento humano. Pero ciertamente, para acusar la buena fe de la Iglesia, era preciso tener á la mano originales diferentes de los suyos ó alg una prueba convincente. Excitados á presentarlas, así ellos como sus discípulos han quedado mudos, y con su silencio han dejado una prueba indudable de que en el segundo siglo del cristianismo, en que escribían, no había ni siquiera un indicio de falsedad, ni la menor conjetura que oponer á la tradición de la Iglesia.

» ¿Qué dire del consentimiento de los libros de la Escritura y del testimonio admirable que todos los tiempos del pueblo de Dios se dan unos á otros? Los tiempos del segundo templo suponen los del primero, y nos conducen á Salomón. La paz no vino sino por los combates, y las conquistas del pueblo de Dios nos hacen remontar hasta los Jueces, hasta Josué y hasta la salida de Egipto. Al considerarse á un pueblo, saliendo de un reino donde estaba como extranjero, no puede uno menos de recordar cómo había entrado en él. Los doce patriarcas aparecen luego, y un pueblo, que no se ha mirado jamás sino como una sola familia, nos conduce naturalmente á Abraham que es su tronco. ¿Se advierte que este pueblo es mas juicioso y menos inclinado á la idolatría después de la vuelta de Babilonia? Era este el efecto de un gran castigo que le habían atraído sus pasadas faltas. Si este pueblo se gloria de haber visto durante muchos siglos milagros que los otros pueblos no habían visto jamás, puede también gloriarse de haber tenido el conocimiento de Dios que ningún otro pueblo tenía. ¿Qué se quiere que signifique la circuncisión y la fiesta de los tabernáculos, la pascua y las otras fiestas celebradas en la nación de tiempo inmemorial, sino las cosas que se hallan marcadas en el libro de Moisés? Que un pueblo distinguido de los otros por una religión y por cos-

tumbres tan particulares, que conserva desde su origen una doctrina tan seguida y tan elevada sobre el fundamento de la creación y sobre la fe de la Providencia, una memoria seguida de una larga serie de hechos tan necesariamente encadenados, ceremonias tan arregladas y usos tan universales; que este pueblo, digo, haya estado sin una historia que le marcase su origen, y sin una ley que le prescribiese sus costumbres durante mil años que subsistió en forma de Estado; y que Esdras haya comenzado á querer darle de repente bajo el nombre de Moisés y con la historia de sus antigüedades la ley que formaba sus costumbres, cuando este pueblo hecho cautivo había visto á su antigua monarquía enteramente destruida; que fábula mas increíble pudiera nunca haberse inventado? ¿Y se le puede dar crédito sin unir la ignorancia á la blasfemia?

» Para perder una fe como esta, después de haberla recibido una vez, es preciso que un pueblo sea exterminado, ó que á fuerza de trastornos haya venido á no tener mas que una idea confusa de su origen, de su religión y de sus costumbres. Si esta desgracia ha acontecido al pueblo judío, y la ley tan conocida bajo Sedecías se ha perdido á pesar de los cuidados de un Ezequiel, de un Jeremías, de un Baruch, de un Daniel, que recurring continuamente á esta ley como al único fundamento de la religión y de la policía de su pueblo; si la ley, digo, se ha perdido á pesar de los cuidados de estos grandes hombres, sin contar otros, y en un tiempo en que esta ley tenía sus mártires, como lo muestran las persecuciones de Daniel y de los tres niños; si no obstante á pesar de todo esto se perdió en tan poco tiempo, y queda tan profundamente olvidada, que sea permitido á Esdras el restablecerla á su antojo, no era este el solo libro que le era necesario fabricar. Le era preciso componer mismo tiempo todos los antiguos y nuevos profetas, es decir, los que habían escrito antes y durante la cautividad; así los que el pueblo había visto escribir, como aquellos cuya memoria conservaba; y no solamente los profetas, sino aun los libros de Salomón y los salmos de David, y todos los libros de esta historia, pues que apenas se hallará en toda ella un solo hecho considerable, y en todos los demás libros un solo capítulo que separado de Moisés, tal como nosotros le tenemos, pueda subsistir un solo momento. Todo nos habla en ellos de Moisés, todo está fundado en ellos sobre Moisés; y no podía menos de ser así, pues que Moisés y su ley y la historia que escribió, era en efecto en el

pueblo judío todo el fundamento de la conducta pública y particular.

«A la verdad, era una maravillosa empresa para Esdras, y muy nueva en el mundo, hacer hablar á un mismo tiempo con Moisés á tantos hombres de carácter y estilo muy diferente, y á cada uno de una manera uniforme y siempre semejante á sí mismo, y hacer creer de repente á todo un pueblo que estos eran los libros que había reverenciado siempre y los nuevos que había visto hacer, como si nunca hubiera oído hablar de ellos, y hubiese desaparecido de repente el conocimiento del tiempo presente, así como del tiempo pasado. Tales son los prodigios que es preciso creer, cuando no se quieren creer los milagros del Omnipotente, ni recibir el testimonio por el que consta que se ha dicho á todo un gran pueblo que él los había visto con sus propios ojos.

» Mas si este pueblo volvió de Babilonia á la tierra de sus padres tan nuevo y tan ignorante que apenas se acuerde de que ha existido, de suerte que ha recibido sin examen todo lo que Esdras quiso darle, ¿cómo vemos, en el libro que Esdras ha escrito y en el de Nehemías, su contemporáneo, todo lo que se dice en él de los libros? ¿Quién hubiera podido oírlos hablar de la ley de Moisés en tantos lugares y públicamente como de una cosa conocida de todo el mundo, y que todo el mundo tenía entre las manos? ¿Hubieran osado ellos arreglar las fiestas, los sacrificios, las ceremonias, la forma del altar reedificado, los matrimonios, la policía, en una palabra, todas las cosas, diciendo sin cesar que todo se hacía según estaba escrito en la ley de Moisés, servidor de Dios?

» Esdras es nombrado en ellos como «doctor en la ley que Dios había dado á Israel por Moisés,» y conforme á esta ley, como á una regla que tenía entre sus manos, le ordenó Artajerjes visitar, arreglar y reformar el pueblo en todas las cosas. Así se ve que los mismos gentiles reconocían la ley de Moisés, como la que todo el pueblo y todos sus doctores habían mirado siempre como su regla. Los sacerdotes y los levitas son distribuidos por las ciudades, y son arregladas sus funciones y su rango «según estaba escrito en la ley de Moisés.» Si el pueblo hace penitencia, es por las trasgresiones que había cometido contra esta ley; si renueva la alianza con Dios por una suscripción expresa de todos los particulares, es teniendo por fundamento la misma ley, que para esto «se leía alta, distinta é inteligiblemente por tarde y mañana, durante muchos días, á todo el pueblo reunido á este fin,

como la ley de sus padres;» oyendo y reconociendo durante la lectura, así los hombres como las mujeres, los preceptos que se les habían enseñado desde su infancia. «Con qué cara hubiera Esdras hecho leer á todo un gran pueblo como conoció un libro que acababa de forjar ó acomodar á su capricho, sin que nadie advirtiese en él el menor error ni el menor cambio? Se le repetía toda la historia de los siglos pasados desde el libro del Génesis hasta el tiempo en que se vivía. El pueblo, que muchas veces había sacudido el yugo de esta ley, se dejaba cargar con este pesado fardo sin pena y sin resistencia, convencido por experiencia de que el desprecio que había hecho de ella le había atraído todos los males en que se veía sumergido. Las usuras son reprimidas, según el texto de la ley; se citaban sus propios términos; los matrimonios contraídos eran disueltos sin que nadie reclamase. Si la ley se hubiese perdido, ó si en todo caso olvidado, ¿se hubiera visto á todo el pueblo obrar naturalmente en consecuencia de esta ley, como si la tuviese siempre presente? ¿Cómo podía todo el pueblo escuchar á Ageo, á Zacarías y á Malaquías, que profetizaban entonces, quienes, como los demás profetas sus predecesores, no les predicaban más que «á Moisés y la ley que Dios le había dado en Horeb,» y esto como una cosa conocida y que en todo tiempo había estado en vigor en la nación? Mas ¿y cómo se dice en este mismo tiempo y á la vuelta del pueblo que todo este admiró el cumplimiento del oráculo de Jeremías en orden á los setenta años de cautividad? ¿Cómo este Jeremías, que Esdras acababa de forjar con todos los demás profetas, halló de repente crédito? ¿Por qué nuevo artificio se ha podido persuadir á todo un pueblo y á los ancianos que habían visto á este profeta, que habían esperado siempre la libertad milagrosa que él les había anunciado en sus escritos? Mas aun todo esto será supuesto: Esdras y Nehemías no habrán escrito la historia de su tiempo; algún otro lo habrá hecho bajo su nombre, y los que han fabricado todos los demás libros del antiguo Testamento habrán sido tan favorecidos de la posteridad, que otros falsarios se los habrán atribuido para dar crédito á su impostura.

» Tal vez cause vergüenza decir tantas extravagancias, y en lugar de asegurar que Esdras ha hecho aparecer de repente tantos libros, tan distintos los unos de los otros por los caracteres del estilo y del tiempo, se dirá que habrá podido ingerir en ellos los milagros y las predicciones que los hacen pasar por divinos; error mas grosero aun que el

precedente, pues que estos milagros y estas predicciones están de tal manera esparcidos en todos estos libros, son inculcados y repetidos tan á menudo, de tan diferentes maneras y con una variedad tan grande de figuras; en una palabra, forman de tal modo todo el cuerpo de ellos, que es preciso no haber abierto siquiera estos libros santos para no ver que es aun mas fácil el refundirlos, por decirlo así, enteramente, que introducir en ellos las cosas que tanto incomodan á los incrédulos. Y aun cuando se les concediese todo lo que piden, lo milagroso y lo divino forman de tal manera el fondo de estos libros, que se hallaría en ellos de todos modos y á pesar de todo. Supongamos, si se quiere, que Esdras haya añadido después de efectuadas las predicciones de las cosas ya sucedidas en su tiempo; ¿mas quién habrá añadido las que se han cumplido después, por ejemplo en tiempo de Antiocho y de los Macabeos, y tantas otras que se han visto? Sería preciso inferir que Dios había dado á Esdras el espíritu de profecía, á fin de que la impostura de Esdras fuese mas verosímil, y se consentiría mas bien en que un falsario sea profeta, que no Isaias ó Jeremías ó Daniel; ó bien cada siglo habrá tenido un falsario feliz á quien habrá creído todo el pueblo, y nuevos impostores, movidos de un celo admirable por la religión, habrán añadido sin cesar á los libros divinos, aun después de estar cerrado el canon, que ellos se habrán esparcido con los judíos por toda la tierra, y que se les habrá traducido en todas las lenguas extranjeras! ¿No hubiera sido esto, á fuerza de querer restablecer la religión, destruirla por deo cambiar tan fácilmente lo que cree ser divino, sea que lo crea por razon ó por error? ¿Podrá esperar alguno al persuadir á los cristianos, ó bien á los turcos, que consentían en añadir un solo capítulo al Evangelio ó al Alcorán? Mas puede ser que los judíos fuesen mas dóciles que los otros pueblos, ó bien menos religiosos en conservar sus libros santos!... ¿Qué opiniones tan monstruosas es preciso admitir cuando se quiere sacudir el yugo de la autoridad divina, y no arreglar sus sentimientos, ni tampoco sus costumbres mas que por una raxon extraviada! «Bossuet prueba tambien que las dificultades que se oponen contra la Escritura son fáciles de vencer por los hombres de buen sentido y de buena fe.

«No se diga que la discusión de estos hechos es embarazosa; porque, aun cuando lo fuese, sería preciso referirse á la autoridad

de la Iglesia y á la tradicion de tantos siglos, ó llevar el examen hasta el extremo, y no creer que se cumple con decir que este pide mas tiempo de lo que se quiere emplear en la salvacion. Mas en realidad, sin revolver con gran trabajo los libros de los dos Testamentos, con solo leer el de los Salmos, en donde están recogidos tantos antiguos cánticos del pueblo de Dios, se hallarán en la poesia mas divina que hubo jamás monumentos inmortales de la historia de Moisés, de la de los Jueces, de la de los Reyes, impresos por medio del canto y de la medida en la memoria de los hombres. Y en cuanto al nuevo Testamento solo las Epistolas de S. Pablo, tan vivas, tan originales, tan al corriente del tiempo, de los negocios y de los movimientos que había entonces, y en fin de un carácter tan marcado; estas Epistolas, digo, recibidas por las Iglesias á que habían sido dirigidas, y de estas comunicadas á las demás Iglesias, bastarian para convencer á los espíritus rectos, que todo es sincero y original en las Escrituras que nos han dejado los apóstoles.

» Así es que se sostienen unas á otras con una fuerza invencible. Los hechos de los Apóstoles no hacen mas que continuar el Evangelio; las Epistolas le suponen necesariamente. Mas á fin de que todo esté de acuerdo, los Hechos y las Epistolas y los Evangelios reclaman por todas partes los antiguos libros de los judíos: S. Pablo y los demás apóstoles no cesan de alegar lo que Moisés ha dicho, lo que ha escrito, lo que los profetas han dicho y escrito después de Moisés. Jesucristo apela al testimonio de la ley de Moisés, de los Profetas y de los Salmos, como testigos que deponen unánimemente la misma verdad: si quiere explicar sus misterios, comienza por Moisés y por los Profetas; y cuando dice á los judíos que Moisés ha escrito de él, pone por fundamento lo que había mas incontestable entre ellos, y los trae á la misma fuente de sus tradiciones.

» Veamos sin embargo lo que se opone á una autoridad tan reconocida y al consentimiento de tantos siglos; porque, supuesto que en nuestros días se ha osado publicar en todas clases de lenguas libros contra la Escritura, no debemos disimular lo que se ha dicho para desacreditar su antigüedad. ¿Qué es, pues, lo que se dice para autorizar la suposicion del Pentateuco? ¿Y qué se puede objetar á una tradicion de tres mil años, sostenida por la propia fuerza y por la sucesion de las cosas? Nada de seguido, nada de positivo, nada de importante: sutilezas y burlas

sobre nombres, sobre lugares, ó sobre números; y observaciones tales que en toda otra materia no pasarían, á lo mas, sino por vanas curiosidades incapaces de tocar fondo de las cosas, son alegadas como si formasen la decision del negocio mas serio que ha habido jamás.

» Se dice que hay dificultades en la historia de la Escritura. Las hay sin duda tales que no las habria si el libro fuese menos antiguo, ó si hubiera sido supuesto, como se atreve á decirlo un hombre hábil é industrioso, ó si hubiera habido menos religion en trasmitirle tal como se le habia hallado, y se hubiera tomado la libertad de corregir en él lo que incomodaba. Hay dificultades de las que causa un largo tiempo cuando los lugares han cambiado de nombre ó de estado, cuando las fechas se han olvidado, cuando las genealogías no son ya conocidas, cuando no se pueden ya remediar las faltas que una copia un poco descuidada introduce facilmente en cosas semejantes, ó cuando hechos que se han escapado de la memoria de los hombres dejan obscuridad en alguna parte de la historia. Pero, en fin, se halla esta obscuridad en la continuacion misma ó en la principal del asunto? De ninguna manera: todo está allí seguido; y lo que hay de obscuridad no sirve mas que para hacer en los libros santos una antigüedad mas venerable.

» Pero hay alteraciones en el texto; las antiguas versiones no concuerdan; el hebreo en diversos lugares es diferente de sí mismo; el texto de los samaritanos, además de la palabra que se les acusa haber cambiado expresamente en favor de su templo de Garizim, difiere tambien en otros lugares del de los judios. ¿y qué se inferirá de esto? ¿que los judios ó Esdras habrán supuesto el Pentateuco á la vuelta de la cautividad? Justamente se debe inferir todo lo contrario. Las diferencias del texto samaritano solo sirven para confirmar lo que ya hemos establecido; á saber, que es independiente del de los judios. Lejos de poder pensar que estos cismáticos hayan tomado alguna cosa de los judios y de Esdras, hemos visto al contrario que en odio de Esdras y de los judios, y en odio del primer y segundo templo, han inventado su ficcion de Garizim. ¿Quién no ve pues que hubieran recusado y combatido imposturas de los judios mas bien que no seguirlos? Estos rebeldes que han despreciado á Esdras y á todos los profetas de los judios con su templo, y á Salomon que lo habia edificado, así como á David que habia designado el lugar, ¿qué es lo que han respetado en su

Pentateuco sino una antigüedad superior, no solamente á la de Esdras y de los profetas, sino tambien á la de Salomon y de David, en una palabra, la antigüedad de Moisés, en la que los dos pueblos convienen? ¿Cuán incontestable no es pues la autoridad de Moisés y del Pentateuco, cuando todas las objeciones no hacen mas que afirmarla!

» Pero de dónde dimanen estas variedades de textos y de versiones? ¿De dónde provienen en efecto, sino de la antigüedad del mismo libro que ha pasado por las manos de tantos copistas, despues de tantos siglos como hace que la lengua en que fué escrito ha cesado de ser comun?

» Mas dejemos las vanas disputas, y cortemos en una palabra la dificultad en su raíz. Digásemos si no es constante que en todas las versiones y en todo el texto, cualquiera que este sea, se hallan siempre las mismas leyes, los mismos milagros, las mismas predicciones, la misma continuacion de la historia, el mismo cuerpo de doctrina, y en fin la misma sustancia. ¿En qué danian pues á vista de esto las variaciones de los textos? ¿Qué mas necesitásemos que el fondo inalterable de los libros sagrados, y que mas podiamos pedir á la divina Providencia? Y por lo que hace á las versiones, ¿es acaso una señal de suposicion ó de novedad que la lengua de la Escritura sea tan antigua que se hayan olvidado ya sus delicadezas, y que no sea posible darle toda la elegancia ó toda la fuerza debida? ¿No es esto mejor una prueba de la mas grande antigüedad? Y si se quiere uno parar en las pequenezes, que se me diga si de tantos lugares en que hay dificultad, se halla alguno que no se haya restablecido ó explicado jamas por la razon ó por la conjetura. Se ha seguido la fe de los ejemplares, y como la tradicion no ha permitido nunca que fuese alterada la sana doctrina, se ha creído que las demás faltas, si las habia, no servirían mas que para probar que nada se ha innovado en ellos voluntariamente.

» Pero en fin, y hé aquí lo fuerte de la objecion, ¿no hay cosas añadidas en el texto de Moisés, no se halla su muerte al fin del libro que se le atribuye? ¿Qué maravilla es que los que han continuado su historia hayan añadido su fin dichoso al resto de sus acciones, á fin de hacer del todo un mismo cuerpo? En cuanto á las demás adiciones, veamos lo que hay. ¿Son alguna ley nueva ó alguna nueva ceremonia, algun dogma, algun milagro, ó alguna profecía? Ni por asomos: no hay la menor sospecha ni el menor indicio de ello; esto hubiera sido añadir algo á la obra

de Dios: la ley lo habia prohibido, y se hubiera causado en ello un horrible escándalo. ¿Qué son pues? Se habrá continuado acaso una genealogía: puede ser que se haya explicado un nombre de ciudad, cambiado por el tiempo: respecto al maná que el pueblo se habia alimentado por espacio de cuarenta años, se habrá notado el tiempo en que cesó este celestial alimento; y este hecho, escrito despues en otro libro, habrá quedado como nota en el de Moisés, como un hecho constante y público de que era testigo todo el pueblo: cuatro ó cinco observaciones de este género hechas por Josué ó por Samuel ó por algun otro profeta de igual antigüedad, porque no tratan sino de hechos notorios en los que nunca habia habido dificultad, habrán pasado naturalmente al texto, y la misma tradicion nos los habrá transmitido con todo lo demás: muy luego todo se habrá perdido. Esdras será acusado, aunque el texto samaritano en donde se hallan estas observaciones nos muestra que tienen una antigüedad, no solamente superior á Esdras, sino tambien superior á la del cisma de las diez tribus. No importa: es preciso que todo recaiga sobre Esdras. Si estas observaciones viniesen de mas arriba, el Pentateuco seria aun mas antiguo de lo que es menester; y no se podría venerar bastantemente un libro cuyas notas tuviesen tanta edad. Esdras, pues, lo habrá hecho todo; Esdras habrá olvidado que queria hacer hablar á Moisés, y le habrá hecho escribir tan groseramente, que refiera como sucedió lo que pasó despues de él. Toda la obra será convencida de suposicion por este solo lugar: la autoridad de tantos siglos y la fe publica no le servian ya de nada: como si al contrario no se viese que estas mismas observaciones de que se tomó pretexto son una nueva prueba de sinceridad y buena fe, no solamente en los que las han hecho, sino tambien en los que las han copiado. ¿Se ha juzgado jamás de la autoridad, no digo yo de un libro divino, pero ni siquiera de cualquiera otro por razones tan ligeras? Mas es porque la Escritura es un libro enemigo del género humano, que quiere obligar á los hombres á someter su entendimiento á Dios, y á reprimir sus pasiones desarregladas: es preciso, pues, que perezca, y á cualquier precio que sea, debe ser sacrificado al libertinaje.

» Por lo demás, no se crea que la impiedad se empeña sin necesidad en todos los absurdos que se han visto. Si contra el testimonio del género humano y contra todas las reglas del buen sentido se obstinan en quitar al Pentateuco y á las profecías sus autores siempre

reconocidos, y en impugnar sus fechas, es porque son de la mayor importancia en esta materia, por dos razones: primera, porque unos libros llenos de tantos hechos milagrosos mas particulares, y asentados no solamente como públicos, sino tambien como presentes, si hubiesen podido ser desmentidos, hubieran llevado consigo su condenacion; y en lugar de sostenerse como se sostienen por su propio peso, hubieran venido á tierra por sí mismos hace mucho tiempo; segunda, porque sus fechas una vez establecidas, no se puede ya borrar el sello infalible de inspiracion divina, que llevan impresa en el gran número y larga serie de predicciones memorables de que están llenas.

» Para evitar, pues, estos milagros y estas predicciones, han caído los impíos en todos los absurdos que nos han sorprendido. Mas como no piensan burlarse de Dios: él ha reservado á su Escritura una nota de divinidad que no sufre ningun ataque; es la relacion de los dos Testamentos. No se disputa á lo menos que todo el antiguo Testamento no haya sido escrito antes del nuevo. Aquí no hay nuevo Esdras que haya podido persuadir á los judios el inventar ó falsificar su Escritura en favor de los cristianos á quienes perseguian. No se necesita mas. Por la mutua relacion de los dos Testamentos se prueba que el uno y el otro son divinos: los dos tienen el mismo objeto y la misma continuacion; el uno prepara el camino para la perfeccion, que el otro muestra al descubierto; el uno pone el fundamento, y el otro acaba el edificio; en una palabra, el uno anuncia lo que el otro manifiesta ya cumplido.

» Así todos los tiempos se unen juntamente, un designio eterno de la divina Providencia se nos revela. La tradicion del pueblo judío y la del pueblo cristiano no hacen reunidas mas que una misma cadena de religion, y las Escrituras de los dos Testamentos no hacen tambien mas que un mismo cuerpo y un mismo libro. »]

Un cristiano no necesita de otra prueba para convencerse de la autenticidad de los libros santos, que el sentir constante y uniforme de la Iglesia. ¿Quién puede, en efecto, responder mejor de ella que una sociedad numerosa y esparcida en todo el universo, á la qual han sido dados estos libros por Jesucristo y por los apóstoles, como los títulos de su creencia, y en cuya conservacion se ha creído siempre esencialmente interesada? Mas un incrédulo exige que se le pruebe por las reglas ordinarias y la crítica que estos libros